

---

**GRAL. D. J. GARCIA MORALES.**

---

Por que las dos grandes luchas de la democracia y de la libertad, conocidas en nuestra historia con los nombres de *Guerra de Reforma* y *Guerra contra la Intervención y el Imperio*, han ejercido tan poderosa y decisiva influencia en el desenvolvimiento de la sociabilidad mexicana; la primera destruyendo seculares hábitos y preocupaciones para cambiar el modo de ser del pueblo, y la segunda matando para siempre la ambición y los sueños de los que en diversas ocasiones intentaron restaurar la forma monárquica ensayada á raíz de la Independencia por Iturbide, por eso, decimos, los que en una ó en ambas guerras se distinguieron en las huestes republicanas combatiendo por la democracia y por la libertad, han logrado sobrevivir en la memoria y en el corazón de sus compatriotas reconocidos.

De la propia manera que la iglesia católica ha elevado á los altares las efigies de sus apóstoles y de sus



confesores en los primeros siglos del cristianismo, basándole, las más de las veces, que, como ella dice, hubiesen padecido persecuciones por la justicia y virtud, y hubiesen ofrecido su vida en holocausto á la nueva doctrina, así la nación mexicana ha dignificado á sus héroes inscribiendo sus nombres en las páginas de la historia y en los mármoles y bronces de sus monumentos conmemorativos. Y así como cada uno de los pueblos católicos ha tenido á gloria en el curso de los siglos pasados y aun en el que ahora expira, el lograr que alguno de sus hijos sea inscrito en el martirologio romano y elevado á la suprema gerarquía de los santos, y ha colocado en sus templos la escultura que lo representa, así también cada uno de los Estados de la Federación mexicana mira satisfecho su patriótico orgullo cuando coloca la estatua de un caudillo que nació ó brilló en su suelo, en la metrópoli en que se hallan representadas las diversas fracciones de la República. Pero sucede entonces que como no hay personalidad ó figura histórica indiscutible, y como que está menos extendido de lo que debiera estarlo el conocimiento de los sucesos ocurridos en las extremidades de nuestro vasto territorio, cuando por donde quiera inflamaba los corazones la noble y santa pasión de morir por la patria, sorpréndense y maravillanse los ignorantes, de que se alcen estatuas á héroes para ellos desconocidos. Es más todavía. Entre los defectos inalienables á la humana especie, la ignorancia es la que más avergüenza, y por ende, nunca es confesada, sino antes procura quien de ella adolece ocultarla, va-

liéndose de medios no sólo vergonzosos sino vituperables; y así, en vez de entregarse á inquisiciones que conduzcan al esclarecimiento de la verdad y á la ilustración del espíritu, en vez de depurar aquella, se atribuye á admiraciones de campanario la honra otorgada al personaje cuya es la estatua que se descubre, y se le escatima la parte de gloria que le corresponde en los triunfos nacionales.

Otras veces, y esto es lo más frecuente, porque es el fruto de la vanidad humana, la revancha que los insignificantes toman de los hombres superiores, el arma que esgrimen los despechados, en la eterna y mezquina guerra de todo lo que se arrastra contra todo lo que vuela, según la feliz expresión del bardo, consiste en proclamar, ocultándose siempre como hierre la envidia, que sólo debe rendirse párias á lo excelso, á lo sublime; que es necia pretensión el exaltar á las mediocridades y que nada más que lo que es verdaderamente grande y perfecto merece la pública y universal admiración.

Empleados esos argumentos capciosos, traense á la memoria del pueblo, ora las debilidades de que rara vez queda exento el hombre público, ora su encubrimiento rápido; ya la humildad de su origen, ya su participación en los errores de la política local, mezquina á las veces ó tortuosa, como si no fuera imposible tarea ó vano anhelo el encontrar la perfección, y mucho menos en la borrascosa vida de los campamentos y en la ocasionada gobernación de los pueblos.

Por dicha, de todas esas arteras maquinaciones de



la ignorancia, de la envidia, del despecho, de la pasión política, salen vencedores aquellos que, como los romanos decían, *pro aris et focis* combatieron.

De ese número es el Sr. Gral. D. Jesús García Morales de quien vamos á dar algunas noticias biográficas, y por tal causa hemos hecho las consideraciones preliminares que anteceden. Sin ellas, acaso alguno de nuestros lectores, haciéndose eco inconsciente de los que no reconocen la justificación que presidió el acuerdo tomado por el gobierno de Sonora, podría llegar á afirmar que ni ese gobierno ni nosotros nos inspiramos en recto é ilustrado criterio al conceder los honores de la fama póstuma al valiente soldado republicano.

El Sr. Gral. D. Jesús García Morales nació en Arizpe (Sonora), en el año de 1823.

Contaba nada más que 15 años cuando ingresó el 18 de Enero de 1838 como Cadete de la Compañía presidial del Altar, siendo ascendido á Teniente en Arizpe el 22 de Marzo de 1842, y á Capitán de Guardia Nacional de Hermosillo el 20 de Junio de 1846, concurriendo durante ese período, que fué el del comienzo de su carrera, á la acción de Guadalupe, cerca de Ures; á la de Opodepe, á la defensa de las fronteras atacadas por los apaches en 1838, á la campaña contra los mismos en la Sierra de Mogollón y Cobre Grande del Estado de Chihuahua; á la campaña contra los revolucionarios de 1843 á 1845 combatiendo en Tepupa, Opodepe y el Realito, en que siempre fué derrotado el enemigo; á tres campañas en el Yaqui y Mayo, y la de la isla del Tiburón contra los seris.

De 1846 á 1848 tomó parte en la defensa de Guaymas cuando fué bombardeado ese puerto por los invasores americanos, y al ser desocupada la plaza nombrósele Comandante de la de San José.

De la rápida relación que precede se deduce sin esfuerzo que García Morales fué útil á su patria desde sus mocedades, pues apenas contaba 25 años y ya había peleado por la civilización contra los apaches, los yaquis, los mayos y los seris y contra el enemigo extranjero, por manera que sus ascensos no pudieron ser ni más justos ni más merecidos, así como la condecoración que mereció por su comportamiento en la guerra contra la invasión americana.

Estrechamente unida su carrera militar con la del Gral. Pesqueira de quien acabamos de hablar, por haber militado á sus órdenes desde el año de 1856 hasta la restauración de la República en 1867, con breves intervalos, no creemos que sea ya necesario extendernos en los pormenores de sus hechos durante ese período fecundo en grandes sucesos, y, así, apuntaremos únicamente los principales entre los que se registran en su brillante hoja de servicios.

En los años de 1856 á 1857,—los de la revolución de Ayutla,—vemos á García Morales como uno de los corifeos de esa guerra, asistiendo á la toma de Ures, á la rendición del reaccionario Borunda en el Valle de Dolores; resistiendo en Pueblo Viejo con 118 hombres y dos obuses el ataque de 1200; hacer la defensa de la capital de Sonora en once días de cerco, y haciendo dos campañas en el Yaqui y Mayo hasta principios de



1858; contribuyendo después en el mismo año y en el siguiente á la derrota del conservador Inguanzo en los Mimbres, y por último, incorporándose á las legiones de Pesqueira, Vega y Coronado para ocupar á viva fuerza la plaza de Mazatlán. Mandó la brigada de Occidente en la Noria (Sinaloa), derrotando al Gral. Arteaga y quedando herido de bala que conservó en su cuerpo hasta su muerte.

Vino á seguida la guerra llamada de tres años ó de Reforma, y el partido liberal tuvo en García Morales uno de sus adalides más famosos, siendo de notarse que, al propio tiempo que combatía por sus ideas políticas, atendía á la defensa de su Estado natal siempre en guardia contra los indios bárbaros. En ese período era ya Coronel de Infantería de Auxiliares del Ejército, por nombramiento del gobierno de Sonora, confirmado por Juárez el 18 de Abril de 1863, después de haber derrotado en el Buey, cerca de Hermosillo, al reaccionario Rivera que sitiaba esta última ciudad. Encontrábase en el Mayo cuando Sonora movilizó el contingente que mandaba al centro de la República para la defensa nacional, y de allí partió al frente de una sección de dicho contingente, ya con el grado de General de Brigada que le expidió Juárez.

No estaba, sin embargo, escrito que García Morales viniese á ilustrar con sus hechos las campañas contra la Intervención y el Imperio fuera del territorio de Sonora y Sinaloa, y los sucesos que en ambos Estados se desarrollaron exigieron su permanencia en tan apartada región, al servicio siempre de la causa republicana.

Hallábase en Mazatlán cuando el entonces Gobernador del Estado, D. Plácido Vega, le nombró para sustituirle en el poder con motivo de que él, Vega, tenía que marchar como jefe de la brigada de Occidente al interior de la República, y le entregó el mando el 11 de Enero de 1863. Heredero de una situación no nada tranquila, ni propia para hacer conocer sus dotes administrativas, porque en aquellos días las pasiones políticas se desencadenaban á cada momento, y había que atender á domeñarlas al mismo tiempo que el enemigo extranjero se presentaba en las aguas mazatlecas, la gestión gubernamental de García Morales ha sido muy contestada; pero aun los escritores menos adictos á su persona reconocen que inauguró con la mejor buena fe su administración. En tan espinoso puesto se encontraba, luchando con las penurias del tesoro del Estado, cuando éste fué declarado en sitio por el gobierno de la Unión designando al Coronel D. Manuel Márquez de León para encargarse de los mandos político y militar, de los que le hizo entrega el 11 de Marzo el Gral. García Morales. Empero en aquella época turbulenta nada era estable, y antes de dos meses, el 4 de Mayo, el Coronel Márquez por orden de Juárez, volvió el poder á manos de García Morales, á quien se le envió la banda de General de Brigada.

Pero subsanemos una falta que no se nos perdonaría, si tal no hiciéramos, falta que consiste en no haber hecho mención en las líneas que anteceden, de uno de los más hermosos triunfos de las armas republicanas en Sinaloa, durante el primer período del gobierno



del General García Morales. Se trata nada menos que de un suceso que sirvió de exordio á la intervención francesa en aquel Estado.

El 24 de Marzo de 1864 la corbeta francesa *Cordelière* apareció en las aguas de Mazatlán, y dos días después destacó desde la bahía de Puerto Viejo dos lanchas cañoneras para atacar las fortificaciones levantadas á orillas de la playa. Al oír el cañón enemigo todos los habitantes del puerto se conmovieron, y los aptos para la guerra se apresuraron á dirigirse á los cuarteles, listos á la defensa; pero no ocurrió otra novedad hasta el 31 en que la misma corbeta rompió sus fuegos de 2 de la tarde á 7 de la noche, sin herir más que á dos artilleros que trabajaban en los fortines.

Un sólo cañón, situado al descubierto en la playa, contestó los fuegos de la *Cordelière*; pero con tan acertada puntería que le causó considerables detrimentos. Al día siguiente, 1º de Abril, el buque francés amaneció fondeado á gran distancia, reparando sus averías, sin intentar después nada contra la playa. En ese hecho de armas el entonces Coronel de Ingenieros, hoy Gral. D. Gaspar Sánchez Ochoa, director de las obras de fortificación y comandante de la línea, portóse con serenidad y bizarría tales, así como sus dignos artilleros, que, á pecho descubierto sirvieron la pieza sin precipitar el servicio y haciendo punterías muy superiores á las de la corbeta, como para honra suya lo dijo en el parte oficial rendido al Ministerio de la Guerra, el General Gobernador del Estado. Este hecho ha sido brillantemente narrado por D. Ignacio Ramírez en

una de sus *Cartas á Fidel*, cabiéndole al Gral. Sánchez Ochoa la satisfacción de ser loado por un escritor que muy contadas veces empleó su pluma en elogio de alguien.

Nuevos disturbios emanados de las banderías políticas que se disputaban la dirección de los asuntos públicos, disturbios que no nos detendremos á historiar, determinaron á mediados de Octubre la caída del poder del Gral. García Morales, quien fué hecho prisionero por los pronunciados. Puesto en libertad á seguida, retiróse al Estado de Sonora para continuar allí la defensa nacional.

El historiador Buelna, después de narrar las peripecias de la revolución que derrocó á nuestro biografiado, agrega: "Así acabó la administración del Sr. García Morales, hombre modesto y honrado, digno y valiente, de buena fe y apegado al cumplimiento de sus deberes. Su gobierno se caracterizó por un espíritu de conciliación y por cierta especie de indolencia que contrastaban con la agitación estrepitosa y la arbitrariedad abusiva del que le había precedido. Mas, si el jefe del Estado lucía por su justificación é ilustrado proceder, en cambio era exacto y merecido el cargo que le hacía la revolución, de haber conservado obstinadamente un núcleo de empleados de la administración anterior, rechazados por la opinión pública, cuyas indicaciones no siempre pueden despreciarse."

Una vez en Sonora y á las inmediatas órdenes de su antiguo jefe y amigo el Gral. Pesqueira, figuró, con suerte varia, en los principales acontecimientos; en la



retirada de la Pasión y en la defensa de la Capital del Estado. Nombrado Gobernador y Comandante militar, dió la acción del Carnero, en la que fué derrotado; tomó á Arizpe venciendo á Terán y Barrios; en Matape desbarató á los imperialistas; y en la acción de Nacori volvió á sufrir una derrota.

Ya entregado el gobierno al Gral. Pesqueira, hizo rendirse á la guarnición imperial de Magdalena, concurrió á la toma de Hermosillo y á la de Ures y mandó una vez más la campaña contra los indios yaquis y mayos.

En los tres años de 1870, 71 y 72 defendió á Guaymas del pirata Faustino Vizcaino, y tomó activa parte en favor del gobierno establecido.

Entre las comisiones por él desempeñadas y de las que no hemos hecho hasta ahora mención, señalaremos tres. Fué Jefe de las tropas federales en el Estado de Sonora, de Octubre de 1867 á Febrero de 1876; de las mismas, de Enero de 1878 á Febrero del siguiente año, y fué también comisionado para armar un buque de guerra para perseguir piratas.

En su lugar dijimos que poseía la condecoración por la guerra contra la invasión americana, y ahora debemos agregar que también lucieron en su pecho el distintivo honorífico por la guerra de Reforma, la condecoración de 1ª clase por la de la Intervención y el Imperio, y la cruz y placa de constancia de 2ª clase creadas por el decreto de 25 de Junio de 1841.

El despacho de General de Brigada del Ejército permanente le fué expedido con fecha 2 de Febrero de 1870, treinta y dos años después de haber sentado plaza como cadete.

Electo Senador en 1880, vino á la Capital de la República á cumplir su mandato en algunos de los períodos de sesiones, hasta su fallecimiento que ocurrió el día 19 de Mayo de 1883.